

RECONCILIACION SUPREMA



RECONCILIACION SUPREMA

I

DESPUÉS de las portentosas aventuras que acabamos de referir y del trágico fin que tuvieron, bien podemos asegurar que no murió Morsamor. No nos consta de qué suerte pudo salvarse. En nuestra historia hay aquí una tenebrosa laguna. Saltemos por cima de ella y volvamos al convento en que el Padre Ambrosio seguía viviendo y ejerciendo sus artes mágicas.

Por su virtud, aunque se ignore de qué manera, nadie en el convento había notado la ausencia de Fray Miguel y del hermano Tiburcio.

Acaso el Padre Ambrosio había evocado y atraído á dos espíritus, que habían tomado la apariencia del fraile y del lego. Acaso, sin evo-

car espíritu alguno, aquel gran mago había creado dos fantasmas que reemplazasen en el claustro á los dos ausentes. Ello es que nadie los echó de menos. Por lo demás, según imaginaban los otros frailes, Fray Miguel vivía siempre retraído, encerrado en su celda y casi de continuo postro en cama.

Lo que es ahora, bien podemos asegurar también nosotros que Morsamor ó Fray Miguel, de vuelta ya de sus excursiones, yacía en cama, en muy misero estado. Sin duda su segunda mocedad se había consumido toda en el cumplimiento de las grandes empresas á que su voluntad y la ciencia del Padre Ambrosio la consagraron. Fray Miguel se hallaba casi ciego, más viejo, más acabado, más baldado por los dolores que antes de remozarse y de encontrarse apto para la fuga. Se diría que aquel impetuoso renacimiento de vitalidad, que aquella fuerza nueva que de la profundidad de su sér había surgido, se había derramado como torrente, se había volcado como ingente catarata, y se había gastado toda con rapidez en inauditas acciones, sin dejar resto alguno, sino llevándose y arrastrando en su curso parte de la vida que él conservaba aun antes del cambio prodigioso.

Pasaron algunos días en esta situación. Fray Miguel estaba cada vez más enfermo y débil. Y sin embargo, lejos de ofuscarse ó de anublarse,

su inteligencia se sentía bañada en luz serena y clara y Fray Miguel creía ó más bien estaba seguro de que iban disipándose las nieblas ó rasgándose los velos que le encubrían la verdad, y de que empezaba á ver las cosas todas sin alucinación alguna que se las desfigurase y trastocase. Era, no obstante, tan sigiloso y tan reservado que nadie, ni el mismo Padre Ambrosio, descubría los cambios que iban realizándose en el fondo de aquel alma, aunque el Padre Ambrosio visitaba á menudo á Fray Miguel y era perspicaz zahorí de los pensamientos ajenos.

Llegó por fin un momento en que Fray Miguel se encontró menos agobiado de sus males, con la mente despejada, con las piernas y los brazos más firmes para accionar y moverse y con la voz entera para poder expresar sin fatiga ni esfuerzo cuanto sentía y pensaba.

Desvelado, en las altas horas de la noche, se levantó de su mezuino lecho, se vistió precipitadamente el sayal, encendió con eslabón, yesca y pajueta, una lamparilla de hierro, salió de su celda, atravesó los claustros desiertos y sombríos, se dirigió á la puerta de la celda del Padre Ambrosio, y llamó golpeando en ella.

Había cierto reposo enérgico en el espíritu de Fray Miguel; mas, aunque parezca contradictorio, coexistía con este reposo la impaciente decisión, que no daba espera, de hablar al Padre

Ambrosio, de interrogarle sobre no pocas dudas y de pedirle cuenta y explicaciones que las resolviesen.

El Padre Ambrosio se oyó llamar, reconoció la voz de Fray Miguel, no pudo resistirse al imperio con que éste exigía que le oyese, se vistió el hábito y le abrió la puerta refunfuñando.

Entró en la celda Fray Miguel, colocó su lamparilla sobre la mesa, donde había papeles y libros, y la misma calavera y el mismo crucifijo que la primera vez que allí había entrado. Se sentó Fray Miguel en la silla en que también se había sentado la primera vez, y diciendo, tengo que hablarte, excitó por señas al Padre Ambrosio á que tomase asiento.

El diálogo que hubo entre ambos, y que Fray Miguel comenzó, requiere capítulo aparte.

II

—¿Qué delirio es el tuyo?—dijo el Padre Ambrosio.—Me pasma que hayas venido á verme. Si te he de hablar con franqueza, no creía yo posible que pudieses salir de tu celda, débil como estás, baldado por los dolores y velados tus ojos de densa nube que desde hace algún tiempo apenas te deja ver distintamente las cosas, sino de un modo vago y confuso y como al través de una neblina. ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué has veni-

do hasta aquí, con paso vacilante é incierto, á tientas y sin duda apoyándote en las paredes? ¿Qué es lo que de mí pretendes todavía?

Fray Miguel contestó:

—Pretendo que seas conmigo franco y leal, como yo lo he sido contigo. Yo abrí para tí los más escondidos senos de mi alma y te mostré todos sus arcanos. Nada te oculté ni de mis pensamientos ni de mis pasiones. Mi espíritu, lleno de confianza en tí se te rindió por completo. Derecho tengo á que tú también seas franco y leal conmigo. Vengo á pedirte cuenta de tu conducta y de tus promesas. Dime toda la verdad. ¿Te has burlado de mí? ¿Me has hecho víctima de un engaño? ¿Es cierto cuanto me ha ocurrido ó ha sido todo, como yo recelo, una endiablada fantasmagoría? ¿Acaso las pociones mágicas que me administraste, hundiéndome en hondo letargo, han suscitado visiones en mi cerebro, grabándose en él con el poderoso vigor y con la clara distinción de la realidad misma?

Interrogado el Padre Ambrosio tan de improviso y de manera que hacía imposible toda respuesta ambigua, permaneció en silencio y como quien duda y cavila sobre lo que le incumbe contestar y sobre la forma en que la contestación ha de ir expresada, para qué implique la justificación ó la disculpa al menos. Después de larga pausa, contestó al cabo el Padre Ambrosio:

—Sean cuales sean los medios que he empleado, ora se consideren realidad, ora vano prestigio, no debes tú dudar de la bondad de mis intenciones. Yo he querido sanarte á toda costa del peor de los males. Recuérdalo bien, de un orgullo satánico despechado que te hacia aborrecible hasta la misma bienaventuranza del cielo. Contra enfermedad tan horrenda, no hay remedio, por duro que sea, que pueda censurarse. Supongamos por un momento que cuanto viste, y cuanto hiciste, desde que por virtud de las pociones mágicas imaginaste despertar remozado, todo carece de ser real fuera de tí. Aun así, aunque yo haya tenido fuerza para crear en tu mente un mundo imaginario y para dártelo en espectáculo y para hacer de él amplio y pasmoso teatro en que tú fueses el principal actor, bien puedes estar seguro de que he carecido de fuerza para sujetar á mi propósito tu juicio y para someter tu voluntad á la mia. Yo podré haberte ofrecido y presentado todas las ocasiones, todos los objetos, todos los premios á que podía aspirar tu codicia, en que podía hartarse tu sed de deleites y donde tu ambición y tu orgullo podían quedar satisfechos; mas para lo que yo no tuve fuerzas, ni aun teniéndolas las hubiera empleado, fué para violentar tu libre albedrío. Sueño ó no, te considero responsable de todos los actos de tu extraña vida de descubridor

y navegante. Si me cabe alguna duda es sobre el grado mayor ó menor, sobre la intensidad de tus méritos y de tus culpas. Hay no pocos extremos hasta donde no llega mi ciencia, si bien presumo que no es tan sereno y firme el juicio en quien duerme como en quien vela, y que tu voluntad, sin ser violentada por mí, pudo ceder más fácilmente que en la vigilia á los incentivos que en sueños se le presentaron. De todos modos, aunque tu gloria hubiese sido soñada, tú has sabido mostrarte capaz de esa gloria, y aunque hayan sido soñados tus delitos, también eres responsable de ellos, aunque no en tanto grado. En sueños tiene la voluntad menos brío para resistir á la tentación que la provoca. Si no resiste y cede, entonces es menor su delito; pero esa mayor flaqueza de la voluntad, que atenúa su falta si incurre en pecado, tal vez da superior valer á toda acción buena que en sueños se realiza, porque si la voluntad, poco briosa, basta á realizarla soñando, mayor será su virtud cuando al despertar recobre todo su poder y le emplee en darle cima. La diferencia entre el éxito dichoso, ya en la realidad ya en el sueño, es que en la realidad depende en gran parte de lo que llama el vulgo caprichos de la fortuna, ó sea de lo que los juiciosos y piadosos califican de inescrutables designios de Dios, á fin de que se cumpla el plan maravilloso de la historia y de que

camine la humanidad hacia su término con dirección invariable y segura. Todos nos agitamos y todos contribuimos á que se cumpla dicho plan, quedando, no obstante, nuestra libertad en salvo, merced al soberano concierto prescrito desde la eternidad por la Providencia.

—Tu discurso, dijo Fray Miguel, se quiebra de puro sutil. En mi sentir son alambicados y oscuros tus conceptos. Presumo, pues, ó que no te entiendes ó que entiendes lo contrario de lo que dices para mi consuelo, y para atenuar la crueldad de la burla que me hiciste. Es falsedad, es sofisma lo que sostienes. Si no debo condenarme porque mis crímenes han sido soñados, tampoco debo glorificarme si también han sido soñadas mis proezas. Convengo en que el mal éxito ó el buen éxito final es obra de la fortuna ó hablando cristianamente, de Dios mismo; pero la acción, independientemente del éxito, no vale sino en la vigilia para quien la ejecuta. En sueños, el avaro es generoso, y tal vez quien despierto no se desprende de un maravedí, para socorrer á un pordiosero, es capaz soñando de prodigar todas las riquezas de los Cresos y de los Fúcares. El cobarde puede soñar que es valiente. Hasta por lo mismo que despierto le humilla y le atormenta su incurable cobardía, en sueños se consuela creando y atribuyéndose el denuedo de que carece. En suma, yo infero, de lo que

me dices, estas desconsoladoras y amargas verdades; que te has burlado de mí; que mi segunda juventud, mis hazañas y mi gloria fueron soñadas; que mis delitos también lo fueron; y que siéndolo, quedan en duda las energías de mi ser y no merezco ahora, ni más ni menos que antes, alabanza ó vituperio, galardón ó castigo.

—Muy extremada manera es la de tu discurso y á mi ver es falsa, pero no quiero que discutamos, porque así no lograríamos convencernos. Baste para mi intento de convencerte de la aptitud y del poder que hay en tí, tanto para lo bueno como para lo malo, la ilimitada confianza que en mí pusiste y la constancia y el valor con que te sujetaste á mis conjuros, arrostraste pruebas tremendas y no retrocediste, lleno de terror, ante mis mágicas operaciones. Quien fué capaz de todo esto es capaz también de todas las hazañas y digno de las victorias y de los triunfos. Sólo de la fortuna, sólo de las circunstancias exteriores, y no de la virtud del alma, depende que en realidad se logren ó que sólo se logren en sueños. Eres injusto al afirmar que me he burlado de tí. No; yo no me he burlado; yo quise confortarte, puse los medios para conseguirlo, y lo hubiera conseguido si no fueses tú tan descontentadizo y caviloso. Antes de que mi magia se emplease en tí, tú no habías sido héroe y además dudabas de que pudieses serlo. Ahora, aunque puedes dudar

de que en realidad lo hayas sido, no puedes dudar del poder que para serlo había en tu alma.

A estas últimas palabras del Padre Ambrosio, no replicó Fray Miguel para contradecirlas ni mucho menos para manifestar que había quedado convencido y satisfecho. Su única contestación fué un sonido inarticulado que exhaló su pecho y que brotó de sus labios, de tan indefinible condición que podía dudarse de si era suspiro ó refunfuño, bendición ó maldición, muestra de gratitud ó de queja.

Hubo una larga pausa. Los ojos casi sin vista de Fray Miguel se fijaron intensamente en el Padre Ambrosio, como si fuese el alma sin el intermedio del material aparato quien por ellos mirase y viese. A pesar de su poder mágico, y á pesar de su ánimo brioso, bajó los ojos el Padre no pudiendo resistir la intensidad y el fuego de aquella mirada. El Padre, con todo, estaba sereno y tranquilo. No le remordía la conciencia. Su conducta con Fray Miguel había procedido de la intención más sana.

Sin duda Fray Miguel pensó lo mismo, después de la larga pausa y de la mirada escrutadora.

No quiso, sin embargo, hablar más. Se levantó de la silla, tomó su lámpara, pronunció un Dios te guarde, inclinando la cabeza, y se volvió á su celda sin más explicaciones, preguntas ni discursos.

III

Pasaron aún más de cinco semanas después del coloquio nocturno de que acabamos de dar cuenta. El esfuerzo violento y el consumo de vitalidad, hechos por Fray Miguel, para ir hasta la celda del Padre Ambrosio y para hablar con él lo que había hablado, produjeron terrible reacción, hundiendo á Fray Miguel en el mayor abatimiento físico. Se diría que hasta para hablar, hasta para pronunciar algunas palabras, le faltaban ya bríos. Fray Miguel estaba postrado en cama y callado como muerto.

Sólo acudían á visitarle en su celda el Padre Ambrosio, cuya reputación de excelente médico era grandísima é indiscutible, y el hermano Tiburcio que, ayudante del Padre, cuidaba de Fray Miguel, y le suministraba alimentos y medicinas.

En medio, no obstante, de aquella enfermiza inacción de su ser material y de aquel desmamejamiento y quebranto de su organismo, el pensamiento de Fray Miguel lucía con más viveza dentro de su cerebro, y como si le hubieran nacido pujantes alas, se remontaba á luminosas esferas y veía ó creía ver con mayor claridad y serenidad que nunca, lo pasado, lo presente y lo futuro, fijando la mirada de águila en el radiante

foco, donde lo real y lo ideal se compenetrán, se confunden y son una cosa misma.

En la mente de Fray Miguel se realizó así saludable mudanza. En virtud de ella, depuso todo enojo contra el Padre Ambrosio. Lo que tal vez consideraba antes como burla, le pareció lección provechosa, rica en beatíficos resultados.

Harto bien conocía Fray Miguel la postración de su cuerpo y la proximidad de su muerte; pero, al mismo tiempo, conocía con reposado júbilo que nunca había estado su espíritu más sano, más perspicaz, ni más sereno que entonces.

En tal disposición, quiso Fray Miguel comunicar á alguien que le comprendiese los pensamientos y las ideas que en aquellos momentos supremos había en su alma. Y movido por este anhelo, con voz sumisa y débil, no en una vez sola, sino en varias veces, en diferentes visitas que el Padre Ambrosio le hizo, le fué manifestando en breves discursos su pensar y su sentir más íntimos.

Piadosamente recogió el Padre Ambrosio y puso por escrito aquellas confidencias, que ahora trasladamos aquí y que son como siguen:

—Veo con claridad, Padre Ambrosio, que la hora de mi muerte se aproxima. La veo sin desearla y también sin temerla. Rara vez la duda ha entrado en mi espíritu, y menos aún ha en-

trado en él una negativa convicción. Pero, aunque yo estuviese convencido de que la muerte era completa, de que para mí no había nada después, ni pena, ni gloria de que yo tuviese conciencia, ni siquiera una inconsciente prolongación de mi ser en el recuerdo de los demás hombres, la muerte no me aterraría ni me afligiría. No es que yo esté resignado. Es algo de más noble y de menos pasivo. Es que, dando yo aún inmenso precio á mi vida, la daría, la vertiría toda en el seno de la naturaleza, en una efusión de amor hacia ella y hacia el ser inmenso que lo ha creado todo y que todo lo llena. Pero no, yo no dudo de mi inmortalidad individual y consciente. Yo creo en ella y ahora, cuando mis ojos, débiles y enfermos, apenas perciben la luz material, de la que huyen medrosos, luz clarísima, procedente de foco increado, penetra é inunda mi mente, ilustrándola y enseñándole la verdad. Yo fui, días há, á tu celda con el intento de interrogarte y de disipar dudas sobre mi última vida pasada. Ahora me arrepiento y nada te pregunto porque nada quiero saber. Me es igual, me es indiferente que hayan sido realidad mi remozamiento, mis peregrinaciones y mis ulteriores crímenes y hazañas, ó que todo haya sido prestigios, embustes y creaciones fantásticas formadas y sugeridas por tus elixires y linimentos y por el pasmoso poder de tus mágicas artes.

En estos últimos días, desde que volví al convento ó desde que creí que había vuelto al convento, desde que me hallé más viejo y abatido que antes, casi ciego, baldado y postrado en el lecho, he cavilado y meditado mucho y siento que se ha mejorado y casi se ha transformado mi alma. Tal vez sin los últimos sucesos de mi vida, ora sean imaginarios, ora sean reales, no hubiera sobrevenido en mi ser esta transformación, esta conversión, que califico de dichosa. A ti te la debo y por ello te doy las gracias. El pensamiento, cuando no se expresa y se determina por medio de la palabra, cuando persiste hundido en las profundidades de nuestro ser, sin comunicarse y declararse á otro ser inteligente, es confuso caos, de cuya verdad ó de cuya mentira, de cuya bondad ó de cuya insignificancia, no estamos seguros. La plena conciencia no aparece sino con la palabra emitida y comunicada. Por eso es con Dios coeterno su Verbo. Ni el amor inefable y divino hubiera brotado nunca en la mente suprema, si de la contemplación del propio Verbo desde la eternidad no hubiera nacido. Débil trasunto, pobre semejanza de tan altos misterios hay sin duda en el fondo del alma humana. Dios, con su palabra, engendró el amor y creó el Universo. Yo, con mi palabra, si acierto á expresar con ella lo que agita mi mente de un modo confuso, engen-

draré también mi amor y daré consistencia á la todavía vaga creación en que este amor mío ha de satisfacerse y aquietarse, cumpliéndose así mi destino. Tales son los motivos que me impulsan hoy á dirigirme á ti y á hacerte una confesión sincera y amplia, procurando poner orden y concierto en mis ideas y expresarlas luego y presentarlas á tu inteligencia, creando yo así mi luz, mi amor y mi universo hasta donde alcancen mis limitadas y débiles facultades humanas.

IV

Fray Miguel se fatigaba tanto al hablar, que, en breve, tenia que suspender su discurso y dejarle para otro día. Prescindiendo nosotros de tales interrupciones, aunque en cierto modo marcándolas é indicándolas, pondremos aquí los diversos fragmentos, unos en pos de otros, en el orden en que Fray Miguel los pronunció y en el que el Padre Ambrosio los conservó por escrito.

—Convencido estoy de que has querido darme una lección moral, parecida en su traza á la que dió don Illán de Toledo, famoso mágico, á cierto ambicioso Deán de Santiago. Tú, con todo, no has querido demostrar que yo soy ingrato. Tú estabas seguro de mi gratitud. Más alta era la moraleja que de mi historia, semejan-

te á la que refirió al Conde Lucamor su consejero Patronio, has querido tú sacar ahora. Yo soy buen discípulo, aspiro á ayudarte en tu trabajo, y voy á sacar de él deducciones tan trascendentales que ya coincidan con las que tú esperabas sacar, ya vayan más lejos ó suban más alto todavía.

—Alégrate y enorgullécete. Has querido curarme de mi ambición desesperada. Duro ha sido el remedio. Como quien con hierro candente quema un cáncer, tú has curado el que roía mis entrañas. No sólo te perdono, sino que te agradezco la cauterización dolorosa. Mi sed de poder y de gloria se aquietó y sació con satisfacciones soñadas. Hoy, al reconocer que fueron sueño, reconozco también la vanidad de tales satisfacciones, aun cuando sean reales. El sabio lo ha dicho: *que ni la carrera es de los ligeros, ni la guerra de los fuertes, ni el pan de los sabios, ni las riquezas de los doctos, ni la gracia de los artifices; sino el tiempo y la casualidad en todo.* De mis victorias y de mis triunfos no debo, pues, jactarme. Si al tiempo y á la casualidad se deben, para contentamiento de mi orgullo, lo mismo valen é importan, ora hayan sido realidad, ora sueño.

—Tales son las consideraciones que me mueven á desechar primero el engraimiento personal y más tarde el engraimiento de nación y de casta. Por cima de todo está Dios, y con él y en él la

fe y la esperanza de que no hay mal que no sea aparente ó caduco y que no se ordene á fin dichoso y grande. Así, en mi interior meditación vine yo á resignarme y á buscar y hallar dulce quietud y algo á modo de bienaventuranza en mi plena conformidad con los designios divinos. Me desnudé del estrecho egoísmo y arrojé lejos de mí el amor propio sin anhelar ya gozarle complacido y sin el temor ya de sufrirle lastimado.

—Conforme hubiera estado desde entonces mi voluntad, con la voluntad del Altísimo, si un obstáculo, que me pareció insuperable, no se hubiera opuesto. Con este obstáculo he tenido que trabar tremenda lucha. Yo pude libertarme de la ambición y de la codicia, pude desdeñar y desdeñé gloria, poder y riquezas. El amor de la mujer quedó, no obstante, firme en contra mía, atajando el camino por donde ansiaba yo acercarme á la reconciliación suprema. Disípense en buen hora como niebla ó como humo todas las proezas de que me sentí capaz y que realicé ó soñé. Lo que yo no consentía era que el amor de la mujer también se dispase. Hasta los crímenes, hasta las horribles tragedias que este amor produjo, no me resignaba yo á que se convirtiesen en sueños, convirtiendo en sueños el amor mismo. Urbási, la bella Urbási, se me aparecía como recuerdo vivo de algo real, no como

sombra fantástica, y me mostraba su admirable y hermosa figura y el blanco pecho desnudo, donde yo veía, en el lado del corazón, profunda herida brotando hirviente y roja sangre que ansiaba yo restañar y represar con mis labios. Pena infernal me causaba esta aparición trágica, pero me causaba á la vez tan inefable y sublime deleite, que mi alma toda se enfurecía de que fuese aquello ilusorio y vano y pugnaba aún por mantenerlo, al menos por recuerdo, como real y consistente. No; la causa de nuestro amor á la mujer no reside sólo en nuestro miserable cuerpo. Aunque el cuerpo decaiga, envejezca y enferme, el alma, inmortal, sigue amándola. El alma inmortal es alma de mujer ó de hombre, y á veces imaginaba yo que esta diferencia de inmortal duración hacía también inmortalmente duradero é invencible el amor que una mujer me había inspirado. Y esta mujer, ó si se quiere este hermosísimo aunque terrible fantasma de mi mente, se interponía entre ella y lo infinito en que su raíz estriba, y no me dejaba llegar hasta él, retenién dome cautivo y arrancando á mi espíritu las alas con que anhelaba volar tan alto y el ímpetu vigoroso con que pensaba sumirse en el abismo del sér y hacerse superior á todo lo creado y contingente al penetrar en dicho abismo. No acierto á ponderar el esfuerzo pasmoso de mi voluntad para llegar á destruir,

después de haber destruído y roto los demás ídolos, la imagen seductora de la mujer amada. Esta imagen, que llegué á suponer indeleble, lo perturbaba y lo bastardeaba todo en mi alma. No había concepto moral ni religioso al que ella no diese forma, profanando mi religión y convirtiéndola en idolatría. Ella, su imagen, ya se me mostraba representando la ciencia, ya la filosofía, ya la caridad, ya cualquiera de las otras virtudes, ya la ninfa pulquérrima y predilecta del cielo, esposa ó amante de los dioses inmortales y madre dichosa de los semi-dioses ó héroes salvadores. Yo me explicaba á mi modo, porque también los sentía, los encontrados sentimientos que inspira la mujer, desde hace muchos siglos. Ora el misticismo amoroso y caballeresco la ensalza y la purifica como algo venido del Empíreo, como fuente inexhausta de todo noble sentir y de todo arranque generoso, y crea la Beatriz y la Laura de los egregios poetas, ora el ascetismo adusto la aborrece y la teme, como nido de víboras, como oficina de embustes y de pecados, y como el más seguro anzuelo de que se vale Satanás para perdernos. Rudo combate y grandísima pena me costó lanzar de mi pensamiento la imagen de la mujer, que con tan contrarios aspectos se me mostraba y que del efímero enlace ó de la mentida concordia, producida por la atracción irresistible que nos lleva hacia ella,

hacia brotar discordias sin término y dualidad irreductible, como si hubiese dos eternos creadores y conservadores del mundo y no uno solo. En fin, mi empeño fué tan obstinado que logré borrar la imagen de Urbási, grabada en mi corazón como sello puesto allí por el demonio en señal de que yo era su esclavo. Entonces brotaron de nuevo y más pujantes las alas de mi espíritu. Y no por la ciencia, no por el presuntuoso conocer, sino con humildad, desprendiéndome de todo afecto pasajero, de toda liviana inclinación á las cosas creadas, logré subir hasta el manantial inagotable de donde todas manan y en el amor del bien soberano cifrar y confundir todos mis otros amores, empezando por el de mi mismo. Hoy no hay mal que bien no me parezca, ni desdicha que no me parezca ventura, porque lo que Dios quiere no puede menos de ser lo mejor y lo más deseable. Aunque para el cumplimiento de su inflexible justicia, y á pesar de su infinita misericordia, tuviese yo que padecer las penas eternas, al padecerlas yo por su amor, gozaría de tan inefable deleite, que se me transformaría el infierno en cielo, de la misma manera que antes, dominado yo por el egoísmo, transformaba el cielo en infierno.

V

Tales fueron las principales confidencias que Fray Miguel de Zuheros hizo al Padre Ambrosio, poco antes de su muerte. Nada de semejante tuvieron sin embargo, ni Fray Miguel quiso que tuviesen, con la confesión auricular y religiosa. Fueron más bien una expansión, un desahogo de ciertos sentimientos é ideas en el seno de una persona entendida y poderosa, que había contribuido con singular eficacia á que brotasen en el alma dichos sentimientos y dichas ideas.

Por lo demás, no bien receló Fray Miguel que llegaba su última hora, sintió acrecentarse su repugnancia hacia la ciencia profana, aunque no fuese diabólica, del docto Padre Ambrosio. Y como Fray Miguel había vuelto á Dios, y creía haberse elevado hasta Dios, no por el conocimiento sino por el afecto, no por la ciencia sino por el amor sencillo y puro, quiso tratar de Dios y prepararse á bien morir y recibir la absolución de sus culpas, no de un sabio mago sino del fraile más cándido é ignorante que en el convento había, simple por naturaleza y por gracia, pero lleno de aquel fervor religioso, y de aquella ternura que limpia, ilumina y enciende el espíritu del hombre igualándole á los ángeles y á los serafines.

Llamado por Fray Miguel acudió pues, á su celda y á la cabecera de su cama, Fray Pedro de Osuna, el más sufrido, obscuro, silencioso y poco instruido de todos los frailes del convento, pero asimismo el mejor acaso y el más dulce y caritativo. Con él se confesó Fray Miguel y de él recibió los Santos Sacramentos.

Después de su casi inmediato y apacible tránsito á mejor vida, como lámpara que suavemente se extingue porque se acaba el líquido que la sostiene y no porque la mate violenta ráfaga de viento, sus escualidos y consumidos restos mortales fueron sepultados en la huesa común sin que ninguna inscripción recordase su nombre, el cual, así como su propia persona, cayeron pronto en general olvido. Sólo el Padre Ambrosio de Utrera y el hermano Tiburcio le recordaban á menudo y hablaban de él en sus conversaciones.

Muy orondo y satisfecho solía mostrarse el Padre Ambrosio de haber hecho por su arte mágica la portentosa conversión de Fray Miguel de réprobo en santo. De esto solía jactarse con el hermano Tiburcio. Pero aquel picaro hermano era la propia duda encarnada; la personificación de todas las ideas negativas. Con insolente irreverencia se burlaba de las alabanzas que el Padre Ambrosio se complacía en otorgarse y lo explicaba todo sosteniendo que Fray Miguel de Zu-

heros, con colosal orgullo, no había querido dar su brazo á torcer, ni declararse engañado sin fruto por el ensueño mágico, volviendo á caer en su nulidad y en su insignificancia antes de caer en la sepultura. Fray Miguel de Zúheros, según la opinión del hermano Tiburcio, había inventado todo aquel misticismo de última hora para darse tono y para engañar á la vez al mágico que le había engañado.

Contrariado éste, empezó á mirar con extraña zozobra al hermano Tiburcio y acabó por sospechar que tal vez no era el hermano Tiburcio criatura humana, sino espíritu familiar, revestido de forma corpórea, ó producto nefando de algún demonio incubo ó súcubo, que con permiso del cielo y para castigo de sus culpas le ayudaba en sus hechicerías, que él hasta entonces había creído lícitas y naturales.

Tanto persistió el Padre Ambrosio y tanto caviló sobre esto que cobró horror á la magia, quemó los librotos en que la estudiaba é hizo tiestos ó echó también al fuego cuantos tatarretes, trebejos, chirimbolos y potingues para su magia le habían servido. Después no pensó sino en leer libros devotos, en rezar mucho y en hacer penitencia.

El Padre Ambrosio, que vivió largos años siendo raro ejemplo de longevidad, se confirmó en la sospecha de que el hermano Tiburcio era

un diablo ó cosa parecida, porque no bien el Padre Ambrosio se apartó del cultivo de la magia, dicho hermano Tiburcio se escabulló ó se desvaneció, y nadie sabe hasta ahora dónde fué á parar, si es que los diablos alguna vez paran y se están quietos.

Hasta aquí la historia de Fray Miguel de Zuheros y del Padre Ambrosio, el notable mágico. Acaso nada enseñe. Yo la he contado, no obstante, porque me parece curiosa. Ojalá que mis lectores la hallen también divertida.

FIN

